

EL TONTO

No tendría más de veinte años y los domingos en que el equipo jugaba de local venía a la puerta del estadio y se me quedaba observando, la mirada estrábica y la mano izquierda en forma de garra, hasta que lo dejaba pasar: con aquella junta directiva teníamos órdenes de que, si el estadio no estaba lleno, facilitáramos la entrada a los discapacitados.

Luego, durante la semana, lo veía en la ciudad universitaria, con los libros bajo el brazo, por Filosofía y Letras. Como yo también había sido joven y pobre, no me importaba quedar como un tonto.